

24

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Solemne apertura del curso Académico

DE 1932 A 1933

POR

Rafael García-Duarte González

CATEDRÁTICO DE OFTALMOLOGÍA

de la Facultad de Medicina



GRANADA
LIBRERÍA LÓPEZ-GUEVARA
1932

inv 399x

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	001
Número:	082 (24)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

C.D.

617.7

R. 29957

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Solemne apertura del curso Académico

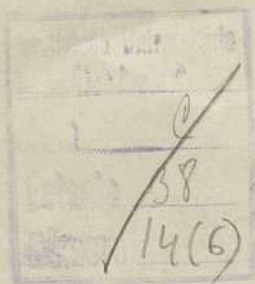
DE 1932 A 1933

POR

Rafael García-Duarte González

CATEDRÁTICO DE OFTALMOLOGÍA

de la Facultad de Medicina



GRANADA
LIBRERÍA LÓPEZ-GUEVARA
1932

inv 399x

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	C
Estante:	001
Numero:	082 (24)

C.D.

617.7

R. 29957

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Solemne apertura del curso Académico

DE 1932 A 1933

POR

Rafael García-Duarte González

CATEDRÁTICO DE OFTALMOLOGÍA

de la Facultad de Medicina



GRANADA
LIBRERÍA LÓPEZ-GUEVARA
1932

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

Solenne apertura del curso Académico

DE 1954-55

Rafael García Gualte González

CATEDRÁTICO DE HISTORIA

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

1954-55

Granada, 1954

1954

Los ciegos y la prevención de la ceguera

EXCELENTÍSIMO SEÑOR :

SEÑORES :

HEREDÉ de mi padre y maestro un gran cariño, una intensa devoción por la Universidad donde se formó mi ser espiritual, que lejos de entibiarse al correr los años, se exaltan conforme se acercan las postrimerías de mi vida académica, y hacen que a pesar de haberme sido siempre mucho más grata la acción laboriosa y constructiva, que las frialdades formularias, haya aceptado el encargo del discurso que ha de leerse en el ceremonial clásico de la Apertura de Curso.

Soy uno de la gran mayoría de los claustrales que en el corto tiempo que gozamos de la autonomía universitaria acordamos modificar el acto de apertura suprimiendo este discurso y sustituirlo por la exposición de la labor realizada durante el curso que terminó, para que profesores, alumnos, público y prensa que nos escucha, pues todo esto junto es Universidad, conozcan lo bueno hecho, se señalen los defectos o errores cometidos, se formulen proyectos para corre-

girlos en el que empieza y se recompense públicamente a los maestros y alumnos que se lo hayan merecido.

A pesar de este mi convencimiento, obedezco una vez más para no romper la tradición de exacto cumplidor de mis deberes, y en este camino he de atender también otro mandato más de acuerdo con mi modo de ser y seguramente más grato para los que me tenéis que oír, cual es la circular en que se nos recomienda que los discursos inaugurales sean lo más compendiados posible.



El preliminar obligado en este acto de gustosa y cortés bienvenida a los nuevos profesores que ingresaron en nuestra Universidad durante el curso que acabó, va por entero al Dr. D José Gay y Prieto, que es el único a quien hemos tenido el honor de recibir. Sus grandes conocimientos en Dermatología y Sifiliografía, sus excelentes condiciones personales, sus aptitudes para el trabajo, auguran que la cátedra que creó y enaltecó nuestro sabio y querido maestro Dr. Pareja Garrido, seguirá su brillante trayectoria.

El Dr. Gay desde alumno señaló sus aficiones a la Dermatología, obteniendo por oposición el cargo de Alumno Interno de esta especialidad en el Servicio del Dr. Sánchez Covisa.

Terminada su carrera, fué pensionado para ampliar estudios en el extranjero y al regresar ganó por oposición las plazas de Profesor Clínico en la Facultad de Medicina y la de Médico en los Dispensarios Antivenéreos de Madrid.

Entre el número de trabajos publicados por el doctor Gay, merecen señalarse su Tesis sobre Linfogramulomatosis sub-aguda ; sus estudios sobre el papel de la alergia y la idiosincrasia en Dermatología, de la que publicó una primer memoria en colaboración con el Prof. Bloch, de Zurich, y después varias experimentales, y la ponencia sobre Histología del precáncer al Congreso Internacional de Barcelona de 1929.

Sea bien venido y felicitémosnos de su incorporación a esta gloriosa Universidad.

En contraste doloroso, hemos de dar nuestra sentidísima despedida para siempre al Dr. Carretero Ferre, profesor auxiliar meritísimo de Otorrinolaringología, y al inteligente y genial Dr. Campoy, profesor auxiliar de Cirugía que fallecieron en el pasado curso. Aunque no eran catedráticos numerarios, para el afecto y el dolor no debe haber categorías.



Viejo de cuerpo, pero joven de espíritu, creo que las doctrinas, normas e ideales de la sociedad moderna que dominan en la conciencia colectiva, no han tomado aun cuerpo en el organismo universitario. Su vieja estructura ciertamente se ha ido quebrantando, dando paso a nuevos conceptos ideológicos, pero aun no se ha conseguido llegar a una organización que atienda a la directiva e intereses de la civilización actual, democrática, liberal, científica y naturalista.

La Universidad ha permanecido indiferente a su verdadera misión, que es la de *formar hombres* en el concepto integral de su educación. Prepara técnicos y científicos dentro de un ambiente en cierto modo alejado de la vida real, e indiferente y despreocupada de las finalidades sociales, que son las que deben dirigirlas hacia la más alta difusión de la cultura pública en un pleno ambiente de libertad espiritual.

Es necesario modificar el enclaustramiento que la mantiene alejada de la vida social, esforzándose para que se preocupe de sus actividades, de sus problemas, de sus inquietudes materiales y espirituales, connaturalizándose con las manifestaciones de su propia vida, a cuyo bienestar debe contribuir por la aplicación de sus instrumentos de cultura, que perfeccionan las diversas técnicas necesarias a la vida de los pueblos.

Los problemas sociales en ningún sitio deben estudiarse y tratarse mejor que en el sereno ambiente de la Univer-

sidad, que debe ser el cerebro de los pueblos y donde la ciencia y la cultura aleja toda pasión y encono.

Pensando así voy a ocuparme brevemente de uno de los problemas más interesantes de la patología social, que entra de lleno en mis aficiones y en la materia de la especialidad que llevo desarrollando en esta Universidad desde hace treinta y tres años : «*Los ciegos y la prevención de la ceguera*».



Los que nacieron sin vista, los que quedaron ciegos en la niñez y en las diferentes edades, constituyen un déficit enorme para la economía social, por su gran número, y una inmensa desgracia para ellos, que han perdido el órgano o la función más noble, más completo y más perfecto para la relación con el exterior : es el sentido por el que llegan a nuestro cerebro la mayor parte de las sensaciones, incitando y relacionándolas a las de los otros sentidos, nos dan el conjunto de la alegría del vivir, el medio de elevar nuestra perfección con el estudio, la ciencia y el trabajo, y la satisfacción de apreciar las grandezas de la naturaleza.

Este, como muchos problemas de patología social, sólo despiertan interés cuando se presentan, cuando se exhiben a

las conciencias nacionales, que, viéndolos, sintiéndolos, obligan entonces a emplear los medios de solucionarlo.

Como en todo problema de cultura, se nota una falta de colaboración ciudadana en nuestro país. Se forman capillas de especialistas, que resultan recintos herméticos a los cuales llega muy pocas veces el aura de la calle, y mientras no hagamos incrustar en la conciencia ciudadana todos estos problemas, nuestros esfuerzos no pasarán de amables teorías, de gratas eutrapelias, pero sin gran trascendencia social.

La educación social de los ciegos ocupa hoy la atención de los países cultos, a los que dedican asombrosas cantidades para ello. Desde que a Valentín Haüy, hace poco más de un siglo, se le ocurrió educar un mendigo ciego de la iglesia de Santa Inés, de París, y satisfecho del resultado obtenido dedicó toda su vida y hacienda a tan loable menester, fundando en París la asociación *«Por el bien de los ciegos»*, y poco tiempo después el ciego Louis Braille inventó su famoso abecedario en relieve, que se ha hecho universal, es formidable el empuje de las sociedades tiflofilas, cuyas organizaciones más completas y asombrosas son las inglesas y francesas. Llena el alma de satisfacción el conocer los miles de ciegos arrancados del abandono, de la mendicidad, de su perro y de su guitarra, y sacados de los tristes asilos, convertidos en maestros, oficiales de talleres, copistas de libros, estudiantes que obtienen pensiones y becas universitarias para estudiar la carrera de Derecho, Filosofía y Letras, y que, en una palabra, han vuelto a su actividad social y a ser personas útiles a la humanidad.

Secorrer e instruir a los ciegos, prepararlos para que puedan desarrollar su actividades y que no sigan siendo un

déficit en la economía social, es la aspiración, es un ideal casi realizado en varias naciones, pues el nivel mental de los ciegos, medido por el método de Vinet y Simón, no es inferior a los videntes, y han dispuesto de todo el entusiasmo colectivo y de los medios financieros para la realización de tanto notable establecimiento tiflofilo.

En las instituciones francesas, con un valor social pedagógico muy superior a las españolas, no hay la cohesión o dependencia mancomunada que requieren las actividades sociales para dar solución adecuada a cada faceta del programa.

En Inglaterra y América del Norte, es admirable la organización esmerada y eficaz, armónica en su variedad, respondiendo a una conciencia nacional; de modo que no es tal o cual institución la que cuida con mayor o menor interés a un número de ciegos, es el país entero el que presta su apoyo y su dinero a esta gran obra social.

La sociedad española hasta ahora sólo siente por estas desgracias una estéril compasión, que no es otra cosa que la reacción instintiva y teórica de la felicidad contra la desgracia, incapaz de resolver los problemas de la miseria humana y más éste que tiene una realidad aterradora, pues sólo en los niños hay más de 5.000 ciegos. Más de la mitad carecen de asistencia, vegetan en los rincones como trastos viejos, se explotan para la mendicidad y se corrompen en la calle. Y no digamos de la mayoría de los adultos y viejos que hacen la vida sedentaria del asilo o viven de los recursos que les proporciona la mendicidad.

La ignorancia de considerar la ceguera como un castigo de Dios, o como una fatalidad individual, y la vida de negación que llevan nuestros ciegos callejeros, son las im-

portantes causas que hasta ahora han impedido lograr el ambiente propicio en nuestro país para que este problema social-sanitario tenga el desarrollo en beneficio de los ciegos que tiene otros países.

Salvo muy contadas excepciones, en lo poco que se ha hecho en favor del ciego en España, se lleva una orientación totalmente equivocada, pues a nuestro juicio, en las llamadas escuelas especiales, además de su limitación y exiguos presupuestos, tienen un arbitrario, antipedagógico y anti-humano concepto.

Se carece de estadísticas oficiales, y la instrucción que se da en los pocos colegios, institutos y asilos de ciegos que existen en nuestro país, no responde a la base psicológica y fundamental de la sustitución de sentidos y acción, sin lo que no podrá conseguir el ciego una personalidad socialmente útil, pues no basta aprender a leer en libros medianos, a escribir, hay que educar la localización auditiva, conciencia muscular y de los movimientos, educación sensorial sustitutiva, sentido de obstáculos, lecciones de cosas, tests psicológicos, gimnasia y actividad lúdica, segunda enseñanza, etc., etc.

Partidario de la libertad del espíritu, para que se desenvuelva espontáneamente y vuele por los amplios cauces de su actividad psicológica, comprendo también que es preciso imponer las cosas buenas que no quieren cumplir, por lo que creo que hay que ir a la enseñanza obligatoria de los ciegos.

En la ley de Instrucción Pública de 1857, verdadero monumento del ministro Moyano, en aquel tiempo, y que a pesar de los 75 años transcurridos no se ha sustituido por otra que armonice el maremagnum de lo tejido y destejido

desde entonces, ya se ordenaba que hubiese un Colegio Nacional de Ciegos en cada distrito universitario, y que todos los maestros conociesen el sistema Braille.

Posteriormente se han dictado multitud de disposiciones, unas referentes al profesorado especial para ciegos y sordomudos en las Normales; otras haciendo obligatoria la asistencia de los niños ciegos a las escuelas para su instrucción adecuada y que luego puedan ir a centros profesionales; creando la residencia de ciegos, y, sobre todo, el R. D. de Enero de 1931, excelente orientación del Patronato Nacional de Protección de Ciegos.

Todo lo hecho es insuficiente y se ha seguido una orientación equivocada, por creer que el ciego es inepto para el trabajo, y la mayor parte de los centros creados más que escuelas de preparación son tristes asilos a donde no llegan las alegrías tonificadoras de la calle, ni los beneficios de una buena organización social.

A medida que avanzan los estudios tiflofilos se descubren nuevos campos de actividad para los ciegos, y hay que proporcionarles el medio para su formación profesional. Ha habido y hay ciegos filósofos, abogados, maestros, literatos, profesores en ciencias; la música es un arte de predilección para los ciegos. De su rudimentaria habilidad en oficios burdos, mimbres, cestería, alpargatería, ya los hay en ebanistería, en mecánica, en la industria del papel, en las labores del tabaco, masajistas (en Inglaterra, una sociedad que preside un médico, Sir Robert Jones), mecanógrafos, taquígrafos, impresores.

Pero lo verdaderamente curioso es que durante la gran guerra la Asociación Valentín Haüy reeducó muchos soldados ciegos para las labores agrícolas.

Es necesario, pues, que el Estado, la provincia y el municipio, y sobre todo los poseedores de la riqueza, proporcionen los fondos para la creación de las Asociaciones tiflofílicas, cuya alta dirección e inspección deberán llevarlas las Universidades, como rectoras de las escuelas especiales que se creen.

Es preciso fomentar la tipografía para ciegos en España, creando en Madrid y en alguna otra capital universitaria imprentas para las ediciones de los libros de los ciegos. Sólo la «American Braille Press», filantrópica sociedad con 2 millones de dólares oro, que se creó para educar los ciegos de la guerra, al terminar su primera misión, dedica hoy toda su actividad a la publicación de música, libros y revistas en Braille, que reparte gratuitamente en 6 idiomas a más de 8.000 ciegos. Hoy, los libros necesarios para los ciegos españoles hay que traerlos del extranjero, lo cual no acredita mucho nuestro patriotismo.

Es necesario, en una palabra, proporcionar al ciego instrucción y oficio, y, para conseguirlo, que el Estado dicte disposiciones que favorezcan el desempeño de las profesiones a que los ciegos pueden dedicarse.

Pero no basta con esto, porque la experiencia ha demostrado en los países como en Inglaterra, que han llevado a su perfección el cuidado de los ciegos, en un 67 por 100 son *inempleables*, por haber pasado de la edad de 50 años, para los que es preciso establecer el seguro de invalidez.

er

Socorrer e instruir a los ciegos, prepararlos para que puedan desarrollar sus actividades y que no sean un déficit en la economía social, es, como hemos visto, la aspiración, el ideal que se persigue en todas las naciones, y que en algunas casi ha llegado a realizarse; pero en todo esto la realidad impone un límite infranqueable; en cambio, el problema de la *prevención de la ceguera* tiene un campo virgen de actividades a desarrollar, es evidentemente aun *mayor bien humano*, pues evita el que continuamente falanges de individuos que no deben de ser ciegos, vengan a engrosar el ejército de los que ya lo son. La mayor parte de las enfermedades que ocasionan la ceguera, en un 77 por 100 son evitables, y tenemos el deber inexcusable de mantener y lograr el primer derecho al ciego, que es *el que no lo sea*. Este es actualmente el objetivo más trascendental de los que tienden a solucionar el problema de los ciegos.

Cuando la ciencia oftalmológica y la higiene pública tienen medios heroicos que oponer a la extensión de las enfermedades oculares, sin necesidad de grandes investigaciones, es de lamentar que en la conciencia nacional de los países cultos no se haya concretado hasta hace poco tiempo, el conocimiento de que el problema sanitario de la ceguera es de más trascendencia *numérica* que el de la tuberculosis y el cáncer.

El mundo de los ciegos es muy numeroso y fué brutalmente aumentado en la pasada guerra en más de 200.000.

A pesar de este aumento en el porcentaje de ciegos en las naciones europeas, desgraciadamente en España es ma-

vor que en ninguna otra parte : tenemos aproximadamente 38.000 ciegos, de los cuales 5.000 son niños pequeños, correspondiendo un ciego por cada 826 habitantes, de los cuales el 77 por 100 lo han sido por causas evitables y el 23 por 100 por otras inevitables. La oftalmia de los recién nacidos, la blenorragia del adulto, la viruela, conjuntivitis agudas contagiosas, miopías abandonadas, sífilis, tracoma, oftalmia escrofulosa y las injurias oculares por accidentes del trabajo, lesiones todas estas que son las que más ciegos producen, debían no sólo no ocasionar la ceguera, sino no verse en la clínica más que excepcionalmente.

La proporción de estas causas de ceguera no es aplicable por igual a todos los países, pues varían en intensidad y extensión según la cultura y condiciones especiales de cada uno : por eso nos referimos a ella en conjunto, ateniéndonos a un término medio, que puede calcularse en la siguiente proporción : entre 100 ciegos, lo están por queratitis el 22 por 100 ; tracoma, 20 por 100 ; atrofia óptica por sífilis, 13 por 100 ; conjuntivitis blenorragicas de recién nacidos, 12 por 100 ; ídem del adulto, 5 por 100 ; glaucoma, 4 por 100 ; microftalmo congénito y adquirido, 3 por 100 ; viruela y difteria, 3 y 1 por 100 ; desprendimiento de la retina, 2 por 100 ; atrofas ópticas no sifilíticas, 4 por 100 ; cataratas congénitas, 1 por 100 ; oftalmias simpáticas, 2 por 100 ; infecciones quirúrgicas, 3 por 100 ; accidentes del trabajo, 1 por 100.

El número de varones ciegos es superior al de las hembras en un diez por ciento.

Las consecuencias de las queratitis, manchas, inflamaciones, úlceras, cicatrices, infecciones, etc., etc., son las lesiones que más se observan.

Las vías lagrimales, aparato de desinfección y defensa del ojo, al estar alterado su funcionalismo, se puede comparar con un arma de fuego cargada y montada, que cualquier accidente, cualquiera pérdida ligerísima del epitelium corneal, la más ligera puerta de entrada que produzca un traumatismo o la más sencilla intervención quirúrgica, hace que el sinnúmero de agentes patógenos que se encuentran mezclados con las lágrimas infecte gravemente el ojo produciendo la pérdida de su funcionamiento.

Las conjuntivitis agudas y contagiosas dan también lugar a cegueras en casos inesperados o mal tratados, y si se presentan en enfermos tracomatosos los empeoran de forma notable.

El tracoma es el causante del 20 por 100 de los ciegos. Esta peste ocular, conocida desde hace 35 siglos, tiene una gran trascendencia, recae en gente pobre fisiológica y socialmente, no habiendo país que esté libre por completo de ella, pudiéndose calcular que hay en el mundo más de 100 millones de tracomatosos (160.000 en España). Del 5 al 30 por 100 de los tracomatosos quedan ciegos si no se atiende su enfermedad desde su comienzo y va acompañada la inmensa mayoría de los casos de la miseria, de la suciedad y de la anemia ; de aquí lo difícil de la lucha contra ella.

La conjuntivitis blenorragica de los recién nacidos ha venido siendo durante mucho tiempo la productora de la mayoría de los niños ciegos. Hoy, cumpliendo las reglas de la higiene y de la antisepsia, han disminuído en modo notable su número.

La viruela y la difteria, especialmente la primera, fueron en otra época causantes de inmenso número de ciegos, cosa que no sucede hoy debido a la moderna profilaxis.

La sífilis es otra de las enfermedades que produce aproximadamente un 13 por 100 de los ciegos, pues sus manifestaciones más graves oculares, como son las neuritis ópticas, suelen ser muy insidiosas, y la disminución de visión que produce, la achaca el enfermo a otras causas, y cuando llegan a nuestras manos es en estado de atrofia, cuando no tiene ya remedio.

Las formas benignas o aparentemente benignas, son las más temibles, porque o no se tratan por el enfermo, que no les da importancia, o se tratan mal y suelen ser las causantes a la larga de la sífilis del sistema nervioso y las productoras de la infección de la descendencia.

La ceguera por infecciones quirúrgicas y oftalmia simpática es afortunadamente en estos tiempos muy poco frecuente. Más frecuentemente se observa la sobrevenida a consecuencia del glaucoma.

Hemos pasado una rápida ojeada por la causas más frecuentes de la ceguera, que en intensidad y en frecuencia sufren variaciones según el país de donde proceden, por lo que andando el tiempo se llegará a hacer una verdadera topografía de la ceguera, lo cual abrirá grandes horizontes de mayor eficacia para su prevención. Como la mayor parte de las causas de la ceguera son evitables como hemos demostrado, unas veces de modo absoluto, casi absoluto, y relativo otras, urge crear instituciones parecidas a la Sociedad Nacional de Prevención de la Ceguera de los Estados Unidos, para que colaboren con otras actividades sanitarias afines como las antivenéreas, tuberculosas, etc., etc., pues muchos problemas ligados a la prevención de la ceguera dependen de la higiene pública, y su solución está en relación con la cultura y el bienestar social.

Seguramente cuando al marchar de la cultura y del tiempo, al compás de la mayor eficacia en el cumplimiento de los preceptos cristianos nos lleven al soñado mundo en que nadie carezca de lo necesario y que todos ocupen su asiento en el banquete de la vida, desaparecerán la mayor parte de las enfermedades, cuya causa o campo abonado son el hambre y la miseria física y fisiológica. Cuando nadie carezca del bienestar mínimo preciso a que tiene derecho, la euforia hará abandonar ideas malsanas, y todos, altos y bajos, contribuirán con el amor, el trabajo y la ciencia a lograr el mejor capital, que es el de la salud.

Como aún está muy lejos esto, mientras debemos poner

nuestra alma, nuestro corazón, todo nuestro ser, al servicio de la puericultura, que es el arma más poderosa, más eficaz y más científica para librar a la humanidad de los grandes males que padece.

Que sea la escuela con el maestro y los médicos la salvaguardia de la salud física y espiritual de los pequeños, para después de esta almáciga se vayan clasificando y seleccionando según sus aptitudes para su futuro vivir y lleguen a la pubertad sin gérmenes de tuberculosis, sin taras hereditarias, sin debilidades, con ojos sanos que inunden el cerebro con la luz que por ellos entró.

Todos los problemas están en la Universidad, en la escuela ; el gran problema social es el problema de la educación, de la formación de los ciudadanos, que no llegará a ser completa hasta la socialización de la Universidad moderna, creándose en todas ellas el Instituto social universitario tan brillantemente estudiado y mantenido por el Dr. D. Rafael Araya, profesor de Clínica ginecológica y rector de la Universidad Nacional del Litoral de Rosario (América).

«Ninguna institución se encuentra en mejores condiciones que la Universidad para dar forma al legítimo anhelo de dignificar la conciencia humana, inundando de luz los espíritus como el mejor correctivo que pueda aplicarse a los males de la ignorancia, ninguna mejor que ella, para penetrarse de los dolores y males que aquejan a la sociedad y de procurarle por el estudio y análisis de los fenómenos sociales los recursos para evitarlos, moderarlos o curarlos».

Voy a terminar ; la mayor parte de las cosas que os he dicho, son sin duda sabidas por los que me escuchan ; pero creo es de oportunidad recordarlas aquí para que vayan difundándose y conociéndose por todos, especialmente por

vosotros, jóvenes alumnos, que seguramente habréis de ser los que tengáis la dicha de poner los jalones de una sociedad más justa, menos egoísta y más dichosa económicamente.

Respecto al problema de la prevención de la ceguera, lo que os he dicho es elemental, casi vulgar ; lo saben los que se dedican a estas cosas, y no he sido más que un tornavoz que aprovecha el honor que hoy se le confiere poniéndole en esta tribuna para dar una voz de alerta sobre los grandes problemas sociales de la ceguera que tanto influyen en la vida colectiva.

HE DICHO.

